

Nathan Ripley

Te encontraré en la oscuridad

Traducción del inglés
de Virginia Maza

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para Sam Ruthnum

Bella Greene salió del apartamento, segura de que no iba a haber más veces. Él no tenía ni idea, se creía su dueño después de verla aceptar tantas humillaciones entregada a su capricho, pero no sabía lo equivocado que estaba. No iba a volver.

Ya estaba fuera del bloque de apartamentos, había salido sin mirar al portero siquiera. Siempre llevaba el bigote a lo Stalin lleno de virutas pardas de cigarrillo y le lanzaba miradas lascivas cada vez que pasaba sola. Un día le preguntó: «¿Cuánto?», y Bella escupió en el mostrador un gargajo de los gordos, que se quedó sobre el mármol hasta que el hombre lo limpió con una bayeta.

—Cuéntaselo cuando llegues, a ver si te hace caso —le dijo, y Bella ni se molestó en intentarlo.

A las puertas del edificio había una fuente seca que habían apagado un día cualquiera hacia el final del verano. Bella pasó por delante y aceleró a medida que se alejaba del bloque. A los nueve años, su madre la pilló un día revolviendo en la calderilla de una de aquellas fuentes, en busca de monedas de plata. Le dio un cachete en el brazo delante de las demás madres y también de Marianne, su mejor amiga de entonces, aunque a final de quinto curso la iba a dejar plantada por Kelly Robinson, una chica alta y con tele por cable en casa.

Era pasada la medianoche y en la calle solo había un hombre de andar encorvado que acababa de salir de un edificio idéntico

al de ella. Le sonrió, y no solo por ser amable. Se quedó expectante, como si tuviera que proponerle algo a cambio.

—No —dijo Bella, mientras pasaba de largo.

Ese era su problema: no resultaba lo bastante tajante con esos tipos que siempre querían sacarle algo. Cualquier cosa, lo que fuera. Al principio, le gustaba que la invitaran a alguna copa, luego a algún gramo y al final se dio cuenta de que, cuanto más tiempo se quedaba con ellos, más evidente se hacía que las invitaciones había que pagarlas. Sobre todo, los gramos.

El tipo encorvado la estaba siguiendo, ya llevaba más de media manzana pisándole los talones. Puede que estuviera yendo a por el coche, pero no le quitaba los ojos de encima. Lo sabía, podía sentirlo. El hombre de aquel apartamento había sido el primero de quien había sabido aprovecharse; él pensaba que la utilizaba para ver cumplidas fantasías sexuales extremas y truculentas, cuando no eran más que los lamentables apetitos de un desgraciado, con los que tragó mientras le hizo falta. Necesitaba un sitio donde quedarse y a un palurdo cualquiera que le diera conversación mientras se libraba del último pedazo de su vieja vida: de la gente, de las garras de la heroína primero, de la metadona después y hasta del alcohol. En tres semanas, lo único que había bebido fue té negro ceilandés. Se había desenganchado de todo... Y no solo de las sustancias, sino también de su vida. Antes de terminar la semana, estaría en San Diego, fuera de Seattle y lista para que su madre le hiciera una visita. Algo familiar, agradable y completamente normal, sin la basura de siempre. Sin robos ni mentiras.

Bella cerró las hojas de la pulsera de plata alrededor de su muñeca y volvió a sentir la mirada clavada en ella, aunque esa vez venía de la derecha. Un callejón con una especie de camioneta, un vehículo grande aparcado entre las sombras y un hombre apoyado en el morro.

—Tú no te cortes —le dijo una Bella desafiante, que dejó de caminar y se giró hacia el tipo, quien retrocedió, salió de la luz y rompió a reír. Entonces Bella avanzó decidida hacia el callejón—. ¿Es que te gusta ir por ahí asustando a mujeres? ¿Eh, bicho raro?

Se acercó un poco. Tenía las espaldas anchas y era alto, pero aún seguía sin verle la cara. No pensó que sería tan rápido, los hombres así de corpulentos nunca lo son.

La agarró por los hombros, le lanzó una mano hacia la garganta y a ella le dolió en el cuello. Pero no fue como el puñetazo que esperaba, sino algo mucho más punzante que el aguijón de un insecto, aunque la sensación de luego fue intensa y cálida, casi reconfortante. Nunca se había picado esa vena.

Bella Greene no llegó a caer al suelo, el hombre la sujetó y la arrastró con él a la oscuridad.

1

Esa vez tardé más de lo normal en dejar recogido el sitio donde había cavado, así que apenas pude dormir. Me acosté un par de horas en la tienda y estaba de vuelta en la autopista de Seattle a eso de las cuatro de la mañana, con un termo de café y unas cuantas bebidas cargadas de estimulantes legales de las que usan los camioneros. Habría llegado al club una hora antes, si al tráfico le hubiera preocupado tanto como a mí lo de llegar a tiempo para recoger a mi hija de su entrenamiento.

Miré hacia el asiento trasero para comprobar que no había olvidado nada y que solo quedaba material de acampada a la vista. Todo normal. Mi álbum de recortes estaba bien escondido bajo el asiento al que Kylie iba a lanzar la bolsa de deporte. Me fijé en que había restos de tierra —o de algo todavía peor— en el tapizado de los asientos y a punto estuve de estamparme con un viejo Camry que invadió mi carril. Pisé el freno, primero un toque y luego a fondo. Oí que pitaron por detrás y continué la marcha con calma, hasta llegar a mi destino y detenerme junto al arcén.

—Llegas tarde —me saludó Kylie, mientras se dejaba caer en el asiento delantero y lanzaba al de atrás la bolsa, que me golpeó en el párpado con el asa.

Sin cerrar la puerta, se despidió de Danielle, Ramona o la catorceañera de turno. Era espeluznante cuánto se parecían todas las chicas del equipo después de nadar, con el cuello subido y

el pelo mojado y recogido debajo de un gorro de lana. Guardó la cartera bajo los pies y me fulminó con la mirada. Pocos en su sano juicio estarían dispuestos a coger el coche para ir hasta el Club Deportivo de Seattle a las cinco de la mañana la mitad de la semana y a las cinco de la tarde la otra mitad. Yo no lo habría hecho por orgullo, y por amor, seguramente tampoco (desde luego, no por el amor marital que sentía por Ellen). Lo hacía por Kylie, a veces incluso para mi propia sorpresa. En dos años había llegado tarde ocho veces y esa era la novena.

Kylie se parecía bastante a mí (las cejas oscuras y los ojos azules) y también a Ellen (la nariz fina y una boca amplia de sonrisas generosas y reproches repentinos), así que cuando me miraba de aquel modo, era igual que enfrentarme a mi esposa y a una versión decepcionada de mí mismo a la vez.

—Vámonos antes de que me vean contigo, papá. Sal pitando.

Me puse en marcha a velocidad normal, pero había captado el mensaje.

—Lo siento, he venido directamente de la acampada; de haber sabido que iba a avergonzarte, habría parado para lavar el coche en una gasolinera.

—¿Dónde has estado?

—Por Tacoma, era bonito.

De hecho, había reservado y pagado una plaza en una zona de acampada en Kent, cerca de Tacoma. Incluso planté una pequeña tienda antes de poner rumbo a California. Lo había hecho así para tener algún papel que lo demostrara, por si me preguntaba Ellen o quien fuera. Cuando salía a cavar, todo lo pagaba en efectivo. Además, solía «olvidar» en casa el cargador del móvil y dejaba que el pequeño rastreador que todos llevamos encima se quedara sin batería en cuanto me alejaba unas cuantas millas de la ciudad. Otras veces, si sabía que Ellen tenía que llamarme por algo, desactivaba todas las aplicaciones que pudieran servir para localizarme. Veinte años de trabajo en el campo de la tecnología me habían servido para aprender alguna que otra cosa, no solo para amasar dinero.

—Has llegado tarde y apestas —me dijo Kylie.

—Tú también.

—El cloro no apesta, solo huele fuerte.

—Y yo huelo a pinos, a aire fresco y a las maravillas del campo, no a una sustancia química que tienen que echar a la piscina para neutralizar el pis.

—A lo que hueles es a viejo que no se lava, papá.

Estaba mirando el teléfono, y yo, la calzada, pero sabía que estaba conteniendo la risa, lo mismo que yo. Desde hacía más o menos un año, nos divertíamos pinchándonos el uno al otro, pero nada de lo que decíamos era en serio. Nunca la había ido a recoger directamente después de una salida al campo y me sorprendió lo rápido que resultó pasar de una tarea a la otra. Después de poner mi granito de arena para crear a Kylie, mis agujeros son lo mejor que he hecho en la vida y nada de lo que haya podido suceder desde que empecé las búsquedas me ha hecho cambiar de idea.

Al llegar a nuestra manzana, le hice a Kylie la pregunta que debería haber hecho nada más recogerla en la piscina para poder mentalizarme.

—¿Qué tal con mamá? ¿Ha estado todo bien en mi ausencia?

—Uf, qué va. —Kylie se metió en la boca el cuarto pedazo de ese chicle natural tan insípido que le compraba Ellen con la intención de mantener la sangre de toda la familia libre de azúcar y de aspartamo.

—Vaya. —Vi que el coche de Ellen, un modelo de Volkswagen del año anterior, se acercaba a la casa en dirección contraria; el sol se estaba poniendo a su espalda y su luz anaranjada le recortaba la silueta contra la luneta trasera. Frené un poco para que entrara ella en el garaje antes de poner el intermitente y seguirla.

Cuando llegamos, Ellen ya nos esperaba dentro con una bolsa del súper en cada mano y el asa de cuero del bolso agarrada entre los dientes. Kylie se entretuvo a propósito en coger sus cosas, así que bajé del Jeep y fui directo hacia mi esposa. Al subir de un salto los dos peldaños de la entrada, noté que tenía las piernas y los brazos entumecidos después de pasar horas cavando y luego, al volante. La ayudé con las bolsas y ella se encargó de abrir la puerta de casa.

—¿Me espera otra semana de malos humos entre las dos? —le

pregunté a Ellen en voz baja, aunque Kylie seguía sentada en el todoterreno, de donde no iba a moverse hasta que su madre y yo hubiéramos entrado en la cocina y pudiera subir a darse una ducha sin tener que oírnos.

—Oh, Martin, cuánta razón tienes. Ya nos disculpará el señor, no vaya a ser que le molestemos con nuestras cosas... —Mientras me regañaba, tenía una media sonrisa. Luego, me dio un beso.

A Ellen no se le daba nada bien hacer de esposa cabreada mucho rato, aunque había tenido tiempo más que de sobra para practicar. Dejó de ser mi novia para convertirse en mi esposa hacía ya dieciocho años.

—Apesta —dijo.

—El encanto de tu hija opina lo mismo.

—El sábado tuvimos un pequeño encontronazo. Debería haber sido cosa de nada, pero estábamos las dos cansadas y se nos fue de las manos. Quería quedarse a dormir en casa de Jhoti después de cenar. Lo de la cena estaba acordado, pero lo de dormir, no. Así que no la dejé.

—¿Fuiste muy tajante?

Empecé a vaciar una de las bolsas, artículo por artículo, con mucho cuidado de no dejar nada por encima de las salpicaduras de tomate frito ni sobre los cercos resecaos de vasos de leche que cubrían la encimera: cuando estaba en el campo, la casa se abandonaba al desorden, sobre todo en la cocina. Ellen me estaba observando, así que volqué la bolsa para vaciarla de golpe. Se me da bien hacerme el despreocupado.

—Cuando la cosa va de pasar la noche fuera, siempre soy tajante, ya lo sabes, Mart. Pensaba que no tendría que volver a discutir sobre este tema, ni con ella ni contigo. Así son las cosas.

—Claro.

Abrí una bolsita de ciruelas con la uña del pulgar. Aún llevaba algo de tierra metida dentro, de cuando me había deshecho de las herramientas. Nunca me quitaba los guantes si estaba trabajando, para que mi piel no entrara en contacto en ningún momento con los hallazgos. La fruta rodó por una fuente de madera que había sobre la encimera, dejando sepultada una lima arrugada y algo pasada.

—De todas formas, creo que deberíamos tener una charla todos juntos, y no esperar demasiado. Cumpliré los quince en... ¿cuánto queda? ¿Cinco semanas? —Y sin darle tiempo a responder, añadí—: Hiciste bien en mantenerte firme en lo que habíamos acordado para el fin de semana, no tenías por qué hablarlo conmigo. Lo que hay que decidir es si podremos ser algo más flexibles a partir de ahora, siempre que nos avise con tiempo. Nada de cambios de última hora, claro, pero, al fin y al cabo, ya no es una niña.

—Estaría menos preocupada si lo fuera —dijo Ellen, sin rastro de esa sonrisa amarga que pensé que habrían añadido casi todos los padres.

Podía reprimir las lágrimas, pero la preocupación jamás se iba, como un zumbido de fondo, una angustia sofocante que incluso llegaba a palpase cuando no sabía dónde estaba Kylie. Comenzó a meter la compra en el frigorífico sin quitarse el chubasquero mojado, que la hacía parecer una especie de tubo lleno de arrugas y ocultaba la combinación de ropa elegante y líneas supertonificadas que lucía desde que había nacido Kylie. Yo no había dado a luz a ningún bebé destructor de figura, pero era el orgulloso custodio de una barriguita sana que todas las noches me ocupaba de cuidar con una cerveza (y si no orgulloso, al menos, desacomplejado).

Oí a Kylie subir las escaleras y aproveché la oportunidad para marcharme.

—No sé si lo dices en serio, pero entiendo a qué te refieres. Voy a sacar las cosas del todoterreno, portaos bien las dos hasta que vuelva, para poder discutir todos juntos, ¿te parece?

Recogí el material de acampada en el garaje. Siempre volvía menos cargado de lo que me marchaba, porque, en el camino de vuelta, me iba deshaciendo de las herramientas de cavar, de los sensores y del detector de metales en diferentes contenedores, después de tratarlo todo con disolventes, lejías y productos cáusticos lo bastante fuertes como para comerse la pintura del acero y destruir cualquier resto de ADN. Las cosas que traía de vuelta no habían estado ni remotamente cerca de los agujeros. Mientras trabajaba, me concentraba siempre al máximo, pero en

cuanto daba con lo que estaba buscando, me inundaba tal subidón de adrenalina que debía ceñirme a unos pasos estrictamente fijados para evitar despistes. Así, nunca montaba el campamento a menos de tres millas del lugar donde iba a cavar, solo cavaba entre primera hora de la tarde y la puesta del sol, yendo con más cuidado cuando creía estar lo suficientemente cerca como para sacar los pinceles. Aún no había roto nada y estaba muy orgulloso de ese logro. Para mí, era una muestra de respeto.

En el garaje reinaba casi tanto silencio como la tarde anterior, cuando lo único que se escuchaban eran los golpes de la pala abriéndose paso entre la tierra que cubría los huesos que sabía que estaba a punto de encontrar. Repetí mentalmente las frases que iba a decir aquella noche cuando llamara a la policía. Había preparado unas cuantas opciones en el viaje de vuelta, comprobando cómo sonaban con mi propia voz, una voz que no podía permitir que oyeran.

Doblé bien la lona de la tienda y salí del garaje, dejando atrás el martilleo de los motores de los dos coches; el mío necesitaba un buen descanso después del largo viaje desde el norte de California. Yo también estaba agotado, de hecho, mucho más de lo que podía confesarle a Ellen; así que, para recargar las pilas, cogí un Red Bull de los estantes de comida enlatada que tenía junto al equipo de acampada. Abrí el maletero del Jeep y saqué el enorme PowerBook Apple del 2000 y algo. Era mi álbum y lo llevaba bien protegido en una funda de tela acolchada.

Una vez dentro de casa, trasladé el álbum hasta el enorme escritorio que tenía al final del vestíbulo y abrí el último cajón. Tuve que hacer un verdadero ejercicio de contención para no abrir el álbum al meterlo dentro.

—¿Puedes comprobar si han pasado el recibo de la luz? —Oí decir a Ellen desde la cocina; estaría sentada junto a la encimera, comiendo una ciruela o rebuscando en una canastilla de ropa que guardaba allí para ponerse cómoda nada más llegar del trabajo.

—Míralo tú con el teléfono —le respondí, mientras cerraba con llave el cajón y tiraba un poco para comprobar que no se había quedado abierto.

—No me fío de la aplicación. Hazlo tú, ¿vale? Oye, ¿cuándo pensabas tirar esta lima?

—Es tuya, creía que la estabas dejando envejecer a tu lado. Cuando compro limas yo, las meto en el frigorífico, que es donde deben estar.

—Ya habló el listillo —respondió y se quedó callada, esperando a que fuera con ella a la cocina para seguir hablando, pero aún no estaba preparado.

Hablar con Kylie podía ser una vuelta al mundo demasiado brusca después de estar cavando. Y en efecto, lo había sido, necesitaba un momento de tranquilidad absoluta para volver a poner el cerebro en «modo hogar», mi equivalente interior al cambio de ropa de Ellen. El escritorio daba a una pared vacía que no dejaba invadir con cuadros ni fotografías. No deseaba distracciones, quería estar solamente yo, acompañado por el enorme bloque de madera de roble con sus cuatro cajones, tan hondos como barrancos. Solo cerraba con llave el de abajo, para proteger mi álbum de miradas indiscretas; aunque en casa, las únicas que había de ese tipo eran las mías. A Ellen no le iba lo de cotillear, era tan de fiar en casa como en su despacho de la cooperativa de crédito. Y desde luego, Kylie no tenía el más mínimo interés en nada de lo que hiciera su padre. Cerré los ojos, volví a donde estaba y me levanté.

—¿Has visto mi cargador? ¿El que dejo siempre en la cocina? —dije mientras entraba con ella.

—Está aquí, lumbreras, en la cocina —me respondió, mientras yo lo recogía y lo metía en el enchufe—. ¿Vas a hacer la cena?

Noté cómo me clavó la mirada y me giré hacia ella. Tenía una jornada normal de ocho horas, pero parecía mucho más cansada que yo.

—No, y tú tampoco.

El teléfono vibró cuando volvió a la vida. Lo coloqué sobre la base de los altavoces y marqué el número del Szechuan, un local del centro comercial, a pocas manzanas de casa. En realidad, servían comida para llevar, sin servicio a domicilio, pero con nosotros hacían una excepción porque siempre les daba veinte dólares de propina:

—Calamares salteados con pimienta, eso es, ternera al jengibre...

—¡Y pollo al limón! —gritó Kylie, asomando por las escaleras, tan a la desesperada que su madre olvidó por un instante que estaban peleadas y rompió a reír.

—Y pollo al limón —dije al teléfono, aunque estaba seguro de que quien estaba al otro lado de la línea también lo había oído. Kylie volvió a encerrarse en su habitación y yo me dirigí a Ellen con una cara que pretendía ser de disculpa.

—¿Qué pasa?

—Voy a salir esta noche. He quedado con Keith para tomar una cerveza.

—¿Con el poli? ¿Me estás diciendo que te vas dos días de acampada y que, nada más llegar, vuelves a dejarnos por ese policía? —Esa vez lo dijo con un mohín, pero seguía lejos de ser una queja de verdad.

—Vamos a cenar algo rico y a pasar un rato charlando todos juntos, ¿te parece? Además, no tengo más planes en toda la semana. La verdad es que estoy hecho polvo, pero ya sabes cómo es Keith. No me parece una buena idea dejarle plantado cuando insiste en quedar.

—No tengo ganas de pelearme contigo y con Kylie al mismo tiempo, así que haré como que estoy bien hasta que lo esté de verdad.

—Lo siento mucho, Ellen. De verdad que sí.

Si Ellen sabía de la existencia de Keith, era porque años atrás nos había visto tomando un café. Estábamos en la otra punta de la ciudad, pero se había cogido unas horas libres para ir a buscar unas cortinas y lo que encontró fue a su marido disfrutando de una agradable tarde en compañía de un policía. Me inventé una rebuscada pero sólida mentira: conocí a Keith haciendo cola en Correos; cuando quedábamos, me hablaba de sus cosas, yo le daba algún que otro consejo y él, a cambio, me contaba emocionantes anécdotas de su trabajo. Me pareció que a Ellen le gustaba que tuviera un amigo a quien echar una mano, sobre todo porque pasaba casi todo el tiempo con ella, con Kylie o solo en casa. O en el campo.